

La huerta

Antonio Oria de Rueda Salguero

Para mis verduricas de la siete Región de Murcia

Ahí estaba el conejo.
Solo.
Tenía encargado un buen trozo de huertecica.
Y, el conejo de al lao, cuidaba otro trozo. Y el de al lao.

Y, cada uno, lo cuidaba como podía.
No había viento, allí. Ni una mala brisa.
Había huertos de todos los tipos: los había que solo tenían nabos. Otros, solo calabazones. En otros, sin embargo, que quedaban ya lejos del río y del canal, crecía de todo: bajocas, algunos nabos, zanahorias, remolachas, ñame y yuca, frijoles, michirones, un poco de tó. Crecía de todo, cada cosa como podía.

Y ahí estaba el conejo, cuidando de su miaja huerta.

Y, en el huerto de al lao, otro, y otro más allá. Se sonreían, se saludaban, pero ahí quedaba cada uno, en su huertico.

Algunos huertos, se orlaban de bellos lechos de rosas, sin espinas aparentes.

Otros, crecían agrestes, como vivos.

Un conejo zangoneaba, el de allá se aplicaba más. Pero, fuera de las sonrisas y los saludos, cuando podía haberlos, cada conejo estaba solo.

Cuidando su peacico huerto. Cada uno hacía, en tó, lo que podía. Que, muchas veces, era lo que quería. Y otras, unas pocas, lo que Quería.

Cuando la tierra era buena y llovía, el huerto crecía sano. Los nabos iguales, bien enfilados, crecían así. Cuando la semilla era de primera calidad, los huertos se criaban solos.

Existían grandes centros de fitotecnia, más o menos aplicada, los *centros de conejos y recursos*. Otros, más grandes, eran centros de fitotecnia pura: ahí sí que no se aprendía ná.

A veces, los conejos de las márgenes se juntaban en grupos de colegas conejos raros, pero esto cada vez interesaba a menos conejos. La tendencia era hacia un conejo Normal.

*Conejo aburrido,
Conejo de ayer,
Volver pronto al nido,
Te sobra saber.*

[No era nido, sino *madriguera*.
Pero hasta para los conejos hay poesía,
cuando no cuadra una rima.]

—Achoo, ¿por qué no hacemos una ajuntaera un día, y cuidamos juntos los huertos?

—Ando muy liao. Tengo que echar el abono de crecimiento homologado preliminar sumativo.

—Pero, pijo, seguro que ajuntaos, las ideas son mejores y las verduras van más ricas.

—Si las juntamos, seguro que se nos revuelven. Que ya van bien como van. Deja, deja, cada conejo a lo suyo.

Y eso, cada conejo a lo suyo.

—Achoo, ¿por qué no subimos parriba un día, encál conejo viejo? Ese sabe más que tós.

—Ando mu liao. Amás, qué quieres que nos cuente un viejo que no sepamos ya.

—Saca las verduras mu contentas, bien ricas.

—Eso era antes. Ahora no es más que una antigua-ya.

—Pos le pedimos que baje paquíabajo.

—Tú dejame, que con lo mío ya tengo paburris.

El conejo más joven se quedaba adolorido, resinao, y seguía a lo suyo.

Solo.

Algunas veces, se largaba con el conejo de al lao a echar un polvico. Rempujaba sordo. Le ponían menos ganas que los que lo hacen solo pa procrear.

La soledad del huerto se extendía a la vida. Gris, vaga. Normal.

Una tarde de otoño, el conejo estaba ensoñiscao, caía la tarde. Ya el verano acababa, y empezaba a hacer fresco. La brisa se salía de sí. Empezó suave, como siempre, pero se fue haciendo agüero. Creció. Creció hasta desatarse, salirse de sí, y convertirse en un tornado muy fino, que fue barriendo los setos. Dando saltos, desde los sueños, a la huerta. Y desde la huerta, al mundo.

Y, desde aquel día, los conejos se tenían que juntar, para ir cuidándolo todo. Nadie iba por libre, ya. Nadie se lo hacía a su rollo.

Tós juntos.

Y ahí habló el conejo viejo:

La semilla, siempre es buena.

Y en cada huerto, tiene que haber un poquico de tó: lo que no beben las bajocas, se lo beben los nabos.

De lo que deja la yuca crecen las rosas.

Con espinas, eso sí. Las rosas, con espinas ■

C
A
S
O

a
b
i
e
r
t
o